

EL CELIBATO Y LA MADUREZ AFECTIVA

Jacques Pasquier *

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v27i79.2565>

Hay una oración de Teilhard que facilita la clave para un ensayo sobre el celibato y la madurez: «¡Oh Jesús, ayúdame a llegar a ser humano!». Ser completamente humano es en sí mismo ser un cristiano adulto. A menudo, divorciados de su propia humanidad, muy dados al uso indiscriminado del término «divinización», y algo inclinados al angelismo, los cristianos han llegado casi a olvidar que el «Hijo del Hombre» se desvivió —en el más profundo sentido de esta frase— para enseñarnos a nosotros a ser humanos.

Los documentos conciliares, particularmente *Optatam Totius* (cf. 10, 11) y *Perfectae Caritatis* (12) insisten en la estrecha colaboración que existe y debe existir entre madurez y celibato. La madurez es tan necesaria al celibato como lo es para el matrimonio. Pues ser maduro, es ser capaz de amar, de dar y de recibir. El matrimonio y el celibato por igual, presuponen esta capacidad, aunque el amor sea vivido en distinta forma en cada caso.

Antes de considerar la cuestión de la madurez en detalle, me gustaría destacar uno o dos puntos que me parecen de la mayor importancia en nuestra situación presente. Primero, el celibato no debería ser identificado con el estado de no casado. Mucha gente es soltera, pero poca lleva una vida célibe. Yo sostendría, además, que una verdadera vida célibe puede ser llevada solamente por gente madura (Esto, por supuesto, da lugar a una cuestión crucial. Todos los religiosos son solteros, y en la Iglesia latina, también los sacerdotes; ¿llevan ellos una vida célibe?).

Segundo, el celibato es el resultado de una elección libre. Nadie en verdad niega esto aunque bastante a menudo el principio es desmentido por la práctica. «La libertad de elección» implica una clara y definida al-

* El autor es consultor psicológico de varias congregaciones religiosas. El presente estudio es una conferencia tenida en la reunión anual de Delegados de Vocaciones de USA. Ha sido publicado en la revista CALL TO GROWTH / MINISTRY, de la Confederación norteamericana de vocaciones de religiosos y religiosas, en el Vol. V, n.º 2, pp. 28-39. Agradecemos a la dirección de este organismo y de la revista el permiso de publicación. Traducción del inglés de Francisco Guiral.

ternativa, no sólo presentada al intelecto, sino a nivel de experiencia. Implica, además, esa más profunda libertad psicológica que constituye la autonomía personal. Ciertamente cualquier individuo que viva en sociedad está sujeto a ciertos factores condicionantes, pero esto necesita ser consciente y restringido a ciertos límites. Un punto que particularmente requiere tomarse en consideración es la importancia de la autonomía personal en relación con ciertas figuras privilegiadas, tales como padres y superiores, ya que la *característica* terminología «familia» de la vida religiosa (Padre, Madre, etc.) es propensa a sugerir que el objetivo del celibato religioso es el reproducir una célula de tipo familiar. Tal modelo no siempre ha ayudado a los individuos a alcanzar su propia autonomía social. Importante también es la necesidad de una autonomía personal por la cual el individuo esté lo más libre posible (la libertad completa es por desgracia inalcanzable) de aquellas reacciones agresivas o pasivas que son básicamente reflejos propios de la niñez.

En el caso de los sacerdotes, se añade la dificultad de que a menudo el celibato no es libremente escogido por sí mismo. Una queja frecuente entre aquellos que han abandonado el sacerdocio en años recientes es que su celibato, si no impuesto, fue al menos escogido por razones secundarias y en gran medida pragmáticas, en vistas a otro cometido: el ministerio sacerdotal. Yo quiero simplemente insistir, que en demasiados casos el celibato de los sacerdotes no ha sido escogido libremente por sí mismo como expresión fundamental de una forma de vida, y que aquí hay un peligro que la formación seminarística debe reconocer. El celibato debe elegirse y puede elegirse sólo cuando un individuo percibe —y esto después de cierto tiempo de experiencia previa a su compromiso perpetuo— que para él ésta es la forma más significativa de vivir su compromiso cristiano de servicio frente a Dios, frente a los otros y frente a sí mismo.

LA PROPIA ACEPTACIÓN

El celibato religioso no consiste primariamente en una renuncia o sacrificio. Es una forma de amar. Y el don de uno mismo en el amor está ligado a la imagen propia y a la aceptación de esta imagen. El genuino amor y el darse a sí mismo son imposibles para alguien que no haya aprendido por experiencia que él mismo puede ser amado. Sólo cuando el individuo se da cuenta de que él es importante para alguien más, su vida toma un verdadero significado. En tanto seamos extraños a esta experiencia de ser amados por lo que somos, de ser aceptados en nuestra totalidad, permaneceremos incapacitados para el verdadero amor. Como han demostrado las investigaciones en psicología religiosa, niños de hogares rotos, que han crecido sin alegría en un ambiente rígido, desconociendo la experiencia del amor, están más expuestos a abandonar de adultos su fe que los educados en un ambiente de aceptación y cariño.

Si no pueden creer que ellos mismos son objeto del amor de Dios, no puede sorprender que ellos no puedan amar a Dios y a los demás.

La cuestión tiene una relación particular en cuanto al celibato, pues está más allá de toda duda que muchos han escogido el celibato no por temor a amar, sino por el temor de ser amados, de recibir de otros el amor exigente que demanda el crecimiento. Ellos nunca han conocido tal amor.

Dar, pues, supone la posibilidad de recibir y quizá nosotros olvidamos demasiado fácilmente que Cristo mismo era alguien que podría recibir.

Aceptando el amor de otras personas, permitiendo a María Magdalena besar sus pies, y a María y Marta ocuparse ellas mismas, de manera característicamente femenina, de sus necesidades, Él estaba en condición de revelar su propio amor. Lejos de ser signos de debilidad por su parte, episodios como éstos dan fe de la completa aceptación de sí mismo como dependiente.

Esta aceptación de un «sí mismo» que puede ser amado, implica estar a gusto consigo mismo, no sólo a nivel emocional o espiritual, sino también corporalmente; y muy a menudo me he sorprendido del gran número de religiosos, hombres y mujeres, cuya actitud hacia sus cuerpos es, en cierto grado, de repulsa. Sin embargo, también aquí es cierto el principio general arriba indicado: para amar a otras personas (y yo sólo puedo amar a una persona corpórea) es necesario haber aceptado el propio cuerpo, no ya sólo como una fuente de sufrimiento, una barrera para la comunicación o un envoltorio que no puede dejarse a un lado, sino como una parte integral de uno mismo, como un medio de comunicación y expresión necesario para la comunión con otros. Nuestro amor célibe, por tanto, necesita expresión corporal, ya que ésta es esencial en cualquier amor verdadero y plenamente humano.

Aun cuando esta aceptación del cuerpo como un medio de expresión es de vital importancia, se necesitaría estar ciego para no ser consciente de los peligros que conlleva. Un uso no razonable de nuestros cuerpos es un peligro más o menos igual que la total negación de ellos. Es un problema, por supuesto, de equilibrio; pero el equilibrio no siempre ha sido respetado en la formación tradicional de los sacerdotes y religiosos. Y es el fallo de este sistema el que yace en el origen de muchas crisis y desequilibrios: la falta de capacidad para establecer satisfactorias amistades y relaciones sociales; la repentina afloración de la sexualidad reprimida (a menudo más complicadas por la culpabilidad y la escrupulosidad) y la falta de capacidad para acometer un compromiso permanente.

Lo que falta a menudo en tales casos es lo que los psicólogos denominan «sexualidad integrada». En el adolescente hay una dicotomía entre la vida afectiva hacia otros (al menos idealmente) y una sexualidad que es de tipo narcisista-homosexual que encontrará expresión frecuentemente

en un período activo de masturbación. El adulto, por el contrario, necesita llegar a la etapa hétero-sexual, donde los aspectos de amor erótico y afectivo están integrados de forma que el cuerpo mismo llega a ser el medio mediante el cual se expresa el don de sí mismo.

Fijar las reglas acerca de lo que no es «permisible» para los dedicados al celibato consagrado es imposible, y sería una pérdida de tiempo intentarlo. Es el individuo mismo quien debe saber sus limitaciones reales, pero sin falsa modestia o temores infundados. Una formación de tipo negativo, con el énfasis en el «peligro» a la castidad, no ayuda a la vivencia de un amor adulto, completamente consagrado al Señor.

EL RIESGO DEL AMOR

Ninguna relación de amor, tanto en el matrimonio como en el celibato, está libre de peligros. Jesús mismo aceptó este riesgo al encarnarse: «Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11). Una de las señales esenciales de una vida célibe madura está en ser capaz de aceptar riesgos y saber seleccionar las propias relaciones.

El celibato, claro está, es elegido para hacer posible un amor más universal, menos exclusivo que el unido al matrimonio; pero sería simplemente falta de realismo el creer que cualquiera puede llegar a la amistad con todos los que le rodean. Sin embargo, es corriente encontrar religiosos y religiosas viviendo en un estado de profundo desencanto con sus comunidades, quejándose de que la gente es «irresponsable» o «carente de franqueza» y tratando de resolver sus problemas pasando de una comunidad a otra. Para tales religiosos, el celibato les facilita un pretexto fácil para solicitar de otras personas una constante atención o amistad. Esta actitud me parece estar resumida en la frase de un psicólogo americano, Karen Horney, cuyo libro *Psicología femenina* contiene un capítulo titulado: «La neurótica necesidad del amor»¹.

Esta «neurótica necesidad de amor» es, seguramente, una de las más claras y más peligrosas indicaciones de la falta de madurez en una vida célibe. Las manifestaciones de esto pueden variar considerablemente. Existe el alarde del amor de sí mismo (Yo te quiero tanto que tú debes amarme, que realmente quiere decir: «Yo te amo porque te necesito»). Hay también una exhibición de debilidad, calculada para despertar la piedad del otro (sin ti no soy nada y no puedo hacer nada); o las amenazas más o menos explícitas que, en casos extremos, se extienden a

¹ HORNEY, K.: *Feminine Psychology*, New York, 1967, pp. 245-258.

amenazas de abandonar la comunidad o aun de llegar al suicidio. Las formas pueden ser altamente complejas, pero todo esconde la misma realidad básica: una necesidad morbosa de ser amado, reconocido, aceptado y sostenido. Ahora bien, las personas en esta situación son incapaces de mantener una auténtica relación humana; el otro, para ellos, es sólo un instrumento.

Quienes llevan una vida célibe, si han de amar auténticamente, necesitan haber conseguido una determinada libertad interior que les permita entrar en relaciones (bien heterosexuales o con una persona del mismo sexo) no porque hayan «sucumbido» a una necesidad emocional que llegue a ser su única motivación, sino porque ellos han elegido embarcarse en una relación creadora.

Para entrar libremente en relaciones de amistad, un individuo necesita un cierto sentido de dirección en su vida, y más concretamente, un sentido de su compromiso religioso o sacerdotal; y esto está íntimamente ligado a la propia conciencia de tener algo valioso que ofrecer.

Muy frecuentemente, sacerdotes y religiosos entran en relación para intentar la búsqueda del significado de su vida y su compromiso a través de otras personas. En el fondo esto sólo puede exacerbar una situación psicológica ya confusa; el ciego no puede dirigir al ciego. Otras veces, muchos sacerdotes y religiosos, no habiendo conocido nunca una profunda amistad con una mujer, se lanzan en tal amistad cuando son menos capaces de hacerlo, en la esperanza de hallar alivio en un momento de abrumadora soledad. Para lograr ayuda en tiempos de crisis, una relación de esta clase requeriría formar parte integral de la vida, escogida con total libertad.

En verdad hay muchas relaciones que, lejos de ser escogidas, pueden sólo ser descritas como «padecidas», como cuando sacerdotes y religiosos, sin un sentido de positiva dirección en sus vidas, encuentran su propio absoluto en alguien que está dispuesto a prestarles un poco de atención. En tales casos nos encontramos tan sólo con un encaprichamiento, cosa que no tiene nada que ver con el amor.

Las relaciones personales profundas, necesarias para una equilibrada personalidad, son de hecho engendradas por una total vida de celibato. Pero en casos particulares, juzgar la madurez de nuestras relaciones y aun saber si vale la pena continuarlas, no será siempre cosa fácil. A menudo será necesario recurrir a una tercera persona, capaz de ayudarnos a objetivar nuestros sentimientos. En todo caso, hay preguntas básicas que tenemos que plantearnos; preguntas que al mismo tiempo nos permitirán evaluar la madurez de nuestras relaciones y facilitarnos un programa para el desarrollo de una madurez afectiva dentro de la vida célibe. Al final de este artículo propondré una serie de preguntas que, sin ser exhaustivas, pueden fijar las bases para un «examen de conciencia».

LA SEÑAL DE UN AMOR MADURO

Si el celibato es una forma particular de amor, ¿cuáles son las principales características de este amor? La respuesta, seguramente, tiene que encontrarse en la propia misión de Cristo: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Llamar a los hombres a la vida, ser nosotros mismos portadores de vida, es el verdadero significado de nuestra consagración al celibato y responde, al mismo tiempo, a las más profundas necesidades de nuestra naturaleza humana.

Todo hombre o mujer, tanto en el matrimonio como en celibato, está llamado a dar vida y la calidad de nuestro amor sólo puede ser juzgada por la calidad de vida que nuestros encuentros producen en otros. Aquí también, las propias relaciones de Cristo nos sirven de ejemplo, ya que su trato con los hombres y mujeres de Israel fue al más profundo nivel de sus propios seres. En su amor por Jesús, el verdadero ser de mujer afloró en María Magdalena, y ya no pudo ser por más tiempo la pecadora que conocieron los fariseos. El devolvió a la mujer samaritana el verdadero valor de su vida, e hizo esto no predicándole moralidad sino pidiéndole simplemente un favor. «¿Tú eres un judío y me pides de beber, a mí, una samaritana?» (Jn 4, 9). Sería fácil el multiplicar ejemplos similares, pues todo el Evangelio está relacionado con el don de vida en plenitud.

Quizás sería bueno, llegados a este punto, el tocar diversas formas de comportamiento, las cuales lejos de ser creadoras de vida, son formas en las que un celibato malentendido o en parte rechazado más o menos conscientemente, busca una compensación. A mi juicio, un signo característico de una falta de madurez es la dificultad que muchos célibes experimentan para formar relaciones de igualdad.

Cuando las relaciones oscilan entre sumisión y dominación, es probable que el objetivo en ambos casos sea una seguridad personal más que un don de vida. Otras formas de egoísmo, que frecuentemente se encuentran entre aquellos que llevan una vida célibe, incluyen la masturbación y la homosexualidad. No quiero explayarme en las implicaciones morales de tal conducta; pero ello deberá ser visto en primer lugar y sobre todo como indicadores de falta de capacidad para amar y para entrar en relaciones liberadoras, creadoras de vida.

Me gustaría considerar más extensamente dos tipos de conducta que me parecen particularmente predominantes. Pudieran ser caracterizados (si los admitimos con un toque caricaturesco) como la expresión masculina y femenina de un celibato vivido en forma menos plena. Típico de un gran número de mujeres religiosas es la actitud de «*gallina clueca*». El efecto de esta tendencia a poseer, proteger y mimar, es impedir a la otra persona madurar, llegar a ser ella misma. En la mujer religiosa esta constante atención y preocupación con pequeños detalles, corresponde perfectamente a sus instintos maternos, pero ¿es ayudada la otra persona por todo esto para alcanzar su propia y distintiva personalidad?

Es interesante observar la forma en que son mimados los capellanes en determinadas comunidades religiosas, rodeados de atenciones y aun reverenciados. Nada es demasiado para el «Padre» y el «Padre», por supuesto, está rodeado por unas 40 «madres», todas atentas a cada una de sus necesidades. Agobiado por tanto cuidado maternal, él difícilmente está en situación de encontrar en las mujeres que le rodean la clase de reto que podría desarrollar su propia madurez.

He tomado el ejemplo de los capellanes, pero otros ejemplos del mismo tipo podrían ser encontrados en cada área de la vida: comunidad, educación, trabajo social, por mencionar algunas. Estoy muy lejos de querer menospreciar esta manera muy femenina de hacerse presente a otros; potencialmente, es de incomparable valor. Sin embargo, la pregunta que hay que hacerse siempre es si en algún caso particular no está sucediendo más que la simple satisfacción del instinto maternal, o si el efecto es realmente el ayudar al desarrollo de otra persona. Es verdad que la motivación no se muestra con nitidez, pero es precisamente por esto por lo que necesitamos hacernos las preguntas.

Si una relación permite al otro llegar a ser más auténticamente él mismo, es una señal de madurez; si no, el otro está siendo posiblemente sofozado, privado de la oportunidad de vivir su propia libertad.

La característica masculina correspondiente —y observen otra vez que estoy simplificando un poco— es el activismo. Creo que muchos sacerdotes y religiosos, fundamentalmente temerosos de relaciones personales que les obligarían a crecer y a ponerse en cuestión a sí mismos, se refugian en el *hacer*; en encontrar en alguna actividad material o intelectual la continuación de su personalidad propia y la satisfacción de una necesidad creadora. Estoy seguro que sería una sorpresa para muchos psicoanalistas el descubrir los verdaderos motivos en los que innumerables edificios, iglesias, escuelas, centros de juventud, etc., tienen su verdadero origen. Es más fácil, y en última instancia más conducente a la seguridad, construir una iglesia que permanecerá para la posteridad como un monumento del Padre X, que ayudar a una comunidad a desarrollarse a base de sufrimiento. Quizás se pueda señalar a este respecto la observación de un obispo africano, al ser preguntado sobre lo que haría si cinco misioneros fueran enviados de la noche a la mañana a su Diócesis: Uds. los occidentales están hablando siempre sobre el «hacer»; vengán a África y encontrarán que aquí la primera cosa es «ser». Demasiado a menudo, en nuestro «hacer» estamos buscando compensación a una paternidad carente de los medios de expresarse a sí misma. Por el contrario, una verdadera paternidad vivida en celibato debería ser creadora de vida, y esto ante todo mediante lo que se es.

EL CELIBATO: DON DE VIDA

Marc Oraison, en su pequeño libro *Cómo amar* escribe: «En un sentido podría decirse, que, hablando psicológicamente, el celibato puede ser

justificado como una actitud humana viable sólo si ello expresa el compromiso de por vida de una personalidad suficientemente hecha respecto a su desarrollo afectivo»². Solamente el ser humano pleno puede lanzarse a la vida célibe (de aquí la oración citada al principio de estas notas).

Sin embargo, el celibato no es simplemente una cuestión de lógica, pues su significado es más que puramente racional. Aquellos que son llamados a vivir esta vida necesitan estar lo suficientemente libres para aceptar hacerlo sin ser completamente capaces de explicar su elección. La vida interior no debe ser equiparada a los esfuerzos en los que halla expresión.

Siempre hay una profunda separación entre los dos y el elemento de esfuerzo debe ser visto más bien como un símbolo de lo que es interior. Nuestras intenciones no son más que pobres reflejos de un misterio que sobrepasa nuestro poder de expresión, el misterio de un don gratuito de Dios. Pero solamente los maduros son capaces de aceptar este misterio en sus vidas, porque solamente ellos no se sienten «amenazados» por él. Su íntima seguridad les permite aceptar lo desconocido en sus vidas, y quizás es esto precisamente lo que crea una fe adulta. Pues, si somos capaces de aceptar el misterio del celibato en nuestras propias vidas, dejamos de sentirnos en peligro ante la llamada a compartir las vidas de los que no viven en celibato, sino que han escogido otra forma de expresar el misterio del amor que llevan dentro de ellos. Nuestro celibato no puede y no debe ser vivido solamente en una atmósfera de comunidad «agradable».

Así pues, es un signo de madurez el aceptar que otros cuestionarán una forma de vida que nunca puede ser explicada de una manera completamente satisfactoria a nivel de lógica humana.

El celibato sólo puede ser vivido en la fe, porque por encima de consideraciones psicológicas, el centro de nuestra vida es la persona de Jesucristo. E insisto, estoy hablando de una fe adulta, pues solamente una persona madura está en condiciones de comprender cuánta alegría y sufrimiento se dan cita en el misterio Pascual; y que morir es crear vida. Solamente una persona madura puede elegir, como Cristo, el ser vulnerable. Es meditando sobre la persona de Cristo, la Palabra que se hizo Carne para estar completamente en comunión con los hombres, como nosotros podemos aceptar libremente las exigencias de una vida célibe.

«El cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo haciéndose semejante a los hombres» (Flp 2, 6-7).

La autorrevelación, la apertura a los otros, la disposición a ser vulnerable, incluso a ser traicionado, rechazado o explotado por aquellos que amamos: éstos son los requisitos previos de una auténtica comunión. Es aceptando que los caminos de Dios no son los nuestros, como nosotros

² M. ORAISON: *Savoir aimer*, Paris, 1963, p. 107.

nos apropiamos del elemento de muerte que forma parte integral de la vida de amor en celibato. Pero el último propósito de todo esto es dar vida, «para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del fondo del calabozo a los que moran en tinieblas» (Is, 42, 7).

Así como Dios nos ha dado su palabra, Jesucristo, para crear una comunidad fundamentada en la comunión con El mismo, así debería nuestro propio amor célibe ser creativo y liberador, de forma que nuestras relaciones con los hombres y mujeres que El Señor pone en nuestro camino puedan construir auténtica comunidad.

APÉNDICE

Las siguientes preguntas pretenden guiarles a hacer una evaluación personal de la madurez de sus relaciones. Ellas le ofrecen, en efecto, alternativas posibles a sus formas de pensar, reaccionar, comportarse, alternativas que pueden indicar el camino a una aproximación a la vida más sana y más real. Al leer estas preguntas debe considerar que cualquier descubrimiento que pudiera llegar a hacer de usted mismo no debe ser causa de temor o vergüenza.

1. ¿Se da usted perfecta cuenta de que, cualquiera que sea su comportamiento, siempre habrá alguien que le criticará? ¿O pierde el tiempo en la inútil tarea de intentar agradar a todos?

2. ¿Se da cuenta de que ciertas relaciones no merece la pena continuarlas, que hay algunas que le llevan a una pérdida de energía emocional así como de tiempo?

3. ¿Es usted capaz de afrontar los sentimientos negativos y positivos que se producen entre amigos?

4. ¿Teme usted dejarse conocer por otros porque usted no se gusta como realmente es?

5. ¿Es usted demasiado temeroso del fracaso al intentar hacer una amistad?

6. ¿Exige usted de sus amigos más de lo que, humanamente hablando, pueden darle?

7. ¿Busca usted a otros para lograr una total aceptación y atención?

8. ¿Tiene usted esa libertad para amar que consiste en liberarse de la necesidad apremiante de estar físicamente presente entre aquellos a quienes usted ama?

9. ¿Ayudan sus amistades a otras personas a llegar a ser más plenamente humanas?